

EL PUEBLO Y LOS MILICIANOS LO CERCARON Y HERIDO DE MUERTE SE SUICIDÓ



El capitán de las fuerzas de Pica-Pica y el teniente Pedro Buldoza, del Ejército Rebelde, persiguiendo al chacal de Los Palacios.

La inesperada llamada telefónica del día primero. —El comandante Juan Palacios y la persecución del asesino.— Sus métodos criminales: la filosofía de la bofetada y la trofología del asesinato.

POR

GUILLERMO VILLARRONDA

Fotos de Andrés López.

JACINTO Menocal no pensó jamás que sería protagonista de un drama en que el pueblo iba a encarnar los mejores papeles. Durante mucho tiempo practicó la filosofía de la bofetada, la dialéctica del vergajazo y la trofología del asesinato.

El que fuera tristemente famoso jefe de la plaza de Bauta, prov. de la Habana y que el tirano premió ascendándolo a comandante, y a jefe de la persecución en la provincia de Pinar del Río, Jacinto Menocal, elaboró un expediente de sangre y horror difícilmente superado en los anales de las peores organizaciones del crimen.

Era una hiena que se revolcaba en su propia rabia selvática. Con treinta y cinco años apenas, tenía milenios de experiencia en el atropello y la tortura.

Sus víctimas se cuentan por centenares en Punta Brava, Bauta, Artemisa, San Cristóbal, etc.

En Los Palacios, donde se movió habiendo miasmas, el pueblo sabe que por lo menos ciento ocho vidas cayeron segadas por él.

Pero cuando Menocal no mataba, porque se cansaba de hacerlo, usaba de otros medios elementales que eran de su exclusiva invención.

Un médico, por ejemplo, que fue llevado al cuartel —la madriguera donde resoplaba el enemigo número 1 del pueblo— recibió un castigo ejemplar: el comandante Menocal le hizo comer prácticamente el recetario, lentamente masticado como un manjar cualquiera.

Un anciano de ochenta años, que fue llamado a su despacho sin justificación alguna, celebraba ese mismo día su cumpleaños. El viejito le dijo con los ojos llenos de lágrimas:

—Comandante, yo no he hecho nada. Mire, hoy cumplo exactamente ochenta años. No quisiera pasarlo en el calabozo.

Menocal respondió con una sonrisa feroz:

—Pues lo felicito, viejo. Y creo que ha hecho bien en decírmelo. Usted festejará su cumpleaños como realmente merece. Ahora verá.

Jubiloso, nervioso de trágico re-



Así apareció el cadáver del comandante Jacinto Menocal.



Otra vista del cadáver del enemigo número uno del pueblo.



Un grupo de rebeldes de San Cristóbal.

gocio, llamó a **Cheo**, uno de sus verdugos, y le ordenó:

—**Cheo**, este **amigo** cumple sus ochenta años en esta fecha. ¿No te parece que le corresponde celebrarlo con ochenta vergajazos?

Y **Cheo**, revestido también de un trágico alborozo, tomó el pisajo y lo dejó caer sobre las espaldas del octogenario cuantas veces le había indicado el tenebroso comandante.

Cuando un ciudadano lograba salir del despacho de Menocal, decía de él las cosas más hermosas. "El Comandante es un caballero. Me trató muy bien. No tengo quejas de él. Todo cuanto se comenta en contra suya es falso. He conocido pocos hombres tan gentiles."

Así se expresaban los que lograban abandonar auel tabernáculo del oprobio.

Pero no podía ser de otro modo.

El comandante aleccionaba a aquellos que escapaban a sus iras y desde el cuartel hasta donde estuvieran los perseguía con sus **chivatos** y, si por casualidad la opinión de uno de ellos le resultaba negativa, era suficiente para llevarlo de nuevo a su presencia.

Entonces el infeliz no volvía a respirar entre los vivos.

Ultimamente, el comandante Menocal devolvía a ciertos detenidos. Mediante alguna suma de dinero, los reintegraba a sus hogares.

Cierta vez, el padre de un joven lo visitó y le ofreció una cantidad a cambio de la libertad de su hijo. Menocal le preguntó:

—¿Cómo se llama su hijo?

—Fulano de Tal.

—¿Uno rubito?

—Exactamente.

Un sonreír indefinido llenó los labios del comandante, quien recaló sin ningún esfuerzo, cínicamente:

—Mi querido amigo, ha llegado usted demasiado tarde. Su hijo ya no está en este mundo.

Otros pasajes increíbles podrían contarse del comandante Menocal. Pero basta. Hay un episodio en su vida que merece la referencia inmediata. Con él logró algo extraordinario. Relatémoslo tal como se cuenta en Los Palacios.

A las cinco de la mañana

Evelio Véliz Medina, director de la revista "Sol", de Los Palacios, quien hos ha suministrado los datos para esta información, nos relató los incidentes dramáticos que culminaron con la captura del comandante Menocal.

El hecho ocurrió, más o menos, así.

Era el día 1.º de enero. Menocal, que se hallaba en el cuartel y observaba el reloj, cuyas manecillas

(Continúa en la Pág. 127)



Un ciudadano torturado salvajemente por el implacable oficial.

El comandante Juan Palacios y su ayudante Alejo.

